

Concordia Seminary - Saint Louis

Scholarly Resources from Concordia Seminary

Artículos educación teológica

Recursos en español

5-1-1999

Reino de Dios

Roberto Hoferkamp

Follow this and additional works at: https://scholar.csl.edu/articulos_educacion_teologica



Part of the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Hoferkamp, Roberto, "Reino de Dios" (1999). *Artículos educación teológica*. 4.
https://scholar.csl.edu/articulos_educacion_teologica/4

This Article is brought to you for free and open access by the Recursos en español at Scholarly Resources from Concordia Seminary. It has been accepted for inclusion in Artículos educación teológica by an authorized administrator of Scholarly Resources from Concordia Seminary. For more information, please contact seitzw@csl.edu.

REINO DE DIOS, IGLESIA, MISIÓN Y MINISTERIO EN AMÉRICA LATINA

Dr. Roberto Hoeferkamp

(El autor sirvió por muchos años como decano y profesor del Nuevo Testamento del Seminario Luterano Augsburguro en la Ciudad de México)

EL REINO DE DIOS Y LA IGLESIA

Para los judíos contemporáneos de Jesús, el concepto de “Reino de Dios” era común y corriente. No le fue necesario a Jesús explicar el significado del término. Según ese concepto judío y bíblico, en el “siglo presente” reinan el mal, el pecado, el demonio y la muerte. Para muchos judíos de la época de Jesús, los poderes del mal se habían encarnado en el poderío romano al que estaba sujeto el estado judío. Sólo en el “siglo venidero” (=el Reino de Dios) obtendría Dios la completa soberanía al destruir a sus enemigos y establecer el estado perfecto de vida, salud, paz (shalom en el más amplio sentido de la palabra) y reconciliación entre Dios y los hombres y luego entre los hombres mismos. Sería, en efecto, el mundo de la resurrección de los muertos, en que “los justos brillarían como el sol”. Nuevamente, muchos judíos de la época de Jesús mantenían viva la esperanza de que Dios expulsaría a los romanos y les devolvería a ellos la supremacía política. Así todas las naciones se sentirían atraídas a Sión y allí adorarían a Dios y aprenderían la ley (Isaías 2:1-4).

Fue contra este telón de fondo que, después del encarcelamiento de Juan Bautista, Jesús de Nazaret vino predicando: “El tiempo se ha cumplido y se ha acercado (=está cerca) el Reino de Dios” (Marcos 1:15). Lo novedoso de este anuncio público de Jesús consistió en que El Reino de Dios ya no era un fenómeno perteneciente al futuro remoto, sino algo cercano, muy cercano, al punto de irrumpir en el “Siglo presente”. Para los judíos tal anuncio era de todo inesperado e inaudito, y por ellos los Evangelios aseveran que Jesús enseñó “con autoridad, y no como los escribas”. Para ser más exacto, es necesario establecer el que en Jesús mismo y en su actividad pública se había acercado el Reino de Dios y estaba a punto de irrumpir. Ante todo Jesús venía predicando el Reino, y la promesa central de su predicación era el perdón, que es la dádiva suprema del Reino.

Cuando se le trajo al paralítico llevado entre cuatro, Jesús no le curó de inmediato, como lo esperaban todos, sino que al punto le dijo: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (Marcos 2:5). De esta manera, Jesús aquí en la tierra (en el aquí y en el ahora de su época), derribó la barrera entre Dios y el hombre y restableció la paz y la reconciliación entre ambos que era prerrogativa de Dios en el cielo. Pero Jesús no se limitó al anuncio verbal de la venida del Reino, sino que la demostró por medio de su obra. No cabe duda que Jesús de Nazaret era curandero y exorcista en el sentido común y corriente de la palabra (tal parece que éstos no faltaban en el judaísmo de aquel entonces). Al contrario, Jesús sanó a los enfermos y expulsó a los demonios bajo el signo del Reino de Dios que estaba al punto de irrumpir. Sus curaciones y exorcismos eran señales anticipatorias del estado perfecto de salud y de paz en el Reino, cuando Dios habría derrotado a sus enemigos: “Pero si yo por el dedo de Dios expulso los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Lucas 11:20). A la vez se desprende de la actividad de Jesús que las

esperanzas políticas de los judíos quedaban superadas, pues Jesús no era un Mesías político que intentara aplastar el poderío romano.

¿Qué actitud había que asumir frente a esta extraordinaria irrupción de los poderes del Reino de Dios? “Arrepentíos (=convertíos) y creed en el Evangelio” (Marcos 1:15b). Es decir, el advenimiento cercano del Reino no era sencillamente un gran acontecimiento cósmico que involucraría a todo el mundo, pasara lo que pasara, y ante el cual se podía ser sólo el espectador y encogerse de hombros. El anuncio eficaz del perdón de Dios aquí en la tierra, la sanidad de los enfermos y la expulsión de los demonios significan que Dios mismo está irrumpiendo con su luz y su vida en este mundo de tinieblas y de muerte. Dios mismo viene con el dominio de su gracia y su perdón y hace un llamado a los hombres a que se vuelvan a él.

Jesús proclama: “Arrepentíos . . . “ El arrepentimiento es, en efecto, la conversión. Los hombres se convierten cuando dejan atrás las tinieblas del pecado y de la muerte - - cuando abandonan su ensimismamiento en ellos mismos - - y cuando dan la vuelta a Dios, quien en Jesús el Mesías los recibe y les perdona. Por lo tanto, el hombre arrepentido no tiene cara larga, sino que corre al Dios que perdona, y por eso tiene cara de gozo. Como un antiguo teólogo bíblico (Julius Schniewind) solía repetir: “EL arrepentimiento es gozo”. Y puesto que el arrepentimiento (=conversión) es el retorno al Dios que viene con su poder y su gracia, el hombre arrepentido “cree en la Buena nueva.” Cabe decir: deposita su fe, su confianza en la buena nueva. ¿En qué consiste la buena Nueva (=El Evangelio)? En el anuncio de que el Reino de Dios, el nuevo mundo de Dios en el que renovará todas las cosas, ya viene muy pronto.

En medio del mundo en que reina la muerte, ésta es Buena Nueva. Y de por sí es increíble. ¿Quién va a creer que Dios hará nueva todas las cosas, cuando todo ser viviente será engullido inexorablemente por la muerte? Pero ahí está Jesús, que pronuncia la palabra del Reino y que sana a los enfermos. Será posible que él sea el Mesías? ¿Será posible que con él irrumpa, de una manera invencible, la vida de Dios que pone fin a la muerte? No hay ninguna prueba irrefutable de ello. Hay que creerlo: Hay que depositar la fe en la Buena Nueva, y ello se hace volviendo al Dios que viene en su Reino para salvar. Hay que creer que a través de las curaciones y los exorcismos, se está vislumbrando el poder de la salud, la paz, el perdón y la reconciliación de la Nueva Creación.

El Reino está cerca. Muy cerca. Pero entre las multitudes de enfermos y de endemoniados de Israel, Jesús sana sólo unos cuantos. Los muertos a los cuales Jesús resucita vuelven a morir. No se ve el mundo nuevo de Dios: sólo se lo vislumbra en algunos cuantos casos de sanidad y en la prédica poderosa de Jesús. Consciente de esto, Jesús enseña a sus discípulos a orar: “Venga tu reino”. Los discípulos, pues, deben vivir dentro de la tensión entre la llegada muy cercana en Jesús del Reino de Dios y sus poderes, y el advenimiento futuro de la plenitud del Reino. En todo caso, la venida del Reino es obra no de los hombres, sino de Dios.

Se puede sostener que precisamente debido a su anuncio de la llegada del Reino, Jesús de Nazaret se condenó a sí mismo a la muerte. Las estructuras rígidas del judaísmo de su época no pudieron resistir el dinamismo con que Jesús predicó y actuó. En lugar de la venida inminente del Reino, los discípulos vieron a su maestro sufrir la muerte ignominiosa de la cruz: “Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel” (Lucas 24:21). Pero contrariamente a todas

sus esperanzas, los discípulos llegaron a la conclusión de que Jesús había sido resucitado de los muertos por el Padre, pues se apareció a ellos como vivo. Jesús había resucitado como las “primicias de los que durmieron” (1 Corintios 15:20), y ahora había que esperar hasta que tuviera lugar la plena cosecha de los resucitados en el Mundo de Dios, cabe decir, el Reino. Está claro, pues, que por medio de la muerte y la resurrección del que proclamó la buena nueva del Reino de Dios, este Reino “se acercó: aún más.

Poco después de los acontecimientos del Viernes Santo y del Domingo de Ramos los discípulos del Nazareno empezaron a proclamar su fe en aquel que había anunciado el advenimiento cercano del Reino de Dios y que había muerto y resucitado. Esta pequeña comunidad de fe que así iba creciendo se entendió a sí misma como la *ekklesia*, es decir, como el pueblo de Dios del *eschaton* (=de los últimos tiempos). La iglesia jamás se identificó con el Reino de Dios; al contrario, se entendió así como la comunidad que creía en aquel que había anunciado el Reino, como la comunidad que esperaba la llegada definitiva del Reino y en cuyo seno estaban activos los poderes del Reino.

Dicho de otra manera, la iglesia no se convirtió a sí misma en el objeto de su propia actividad y proclamación. Al contrario, predicó a Jesús crucificado y resucitado, en quien estaba cerca el Reino de Dios y en quien vendría la plenitud del Reino. Pero de una manera más precisa, ¿cómo estuvieron presentes y activos en la iglesia los poderes del Reino de Dios? El Reino estuvo presente por medio de la fe en Jesús, por medio de la fe en la palabra de la cruz y de la reconciliación proclamada por los apóstoles. Pero también apareció en las señales, los prodigios y los portentos obrados por los apóstoles y demás cristianos en virtud del poder del Espíritu de Dios. El libro de los Hechos está repleto de la narraciones de tales prodigios, y el apóstol Pablo se refiere expresamente a ellos en Romanos 15:19 y 2 Corintios 12:12. Tales señales se entendieron como un anticipo de la vida integral del Reino de Dios.



+ *En el precioso nombre de Cristo* +

Dr. Roberto Hoeferkamp

Mayo de 1999

Editado por Prof. Marcos Kempff

Centro de Estudios Hispanos-Seminario Concordia-St. Louis, mayo del 2014

Actualizado y revisado para Scholar, mayo del 2025

kempffmr@gmail.com